

A modo de introducción

Si para mí la narrativa es el medio ideal de expresión por la amplia posibilidad de combinaciones de palabras y estructuras gramaticales que ofrece, así como el juego con el simbolismo poético y las especificidades del lenguaje poético, que pueden ser introducidos en la narración para dar brillo y belleza, al mismo tiempo que le confieren sutileza, la poesía es la expresión de una voluntad superior. Es una necesidad de exteriorizar sensaciones y sentimientos que emanan del alma, van más allá de lo limitado del cuerpo. La poesía es, ante todo, una expresión espiritual, que supera a las técnicas literarias y necesita la melodía del Espíritu.

Podría decir algo similar, pero prefiero citar a la monja-poetisa Trinidad Sánchez Moreno, quien carecía del conocimiento de las reglas métricas y le brotaban versos en su relación de intimidad con el Señor. Al comentarle un hermano sacerdote sobre la forma de unos versos, ella contestó: “¿Una seguidilla? Yo solo he oído esa palabra aplicada a las danzas de mi tierra”. Es que Trinidad no había recibido instrucción, no había asistido a la escuela, no conocía de teorías y técnicas. Ella solo vivía una experiencia y dictaba, en lo fundamental, lo que el Señor le cantaba al oído, en la profundidad de su mente y su alma, y le respondía con una respuesta amorosa de la misma forma en que Él le hablaba a ella, en versos. Esa relación le daba la libertad literaria, que no tienen los conocedores de las técnicas narrativas y poéticas, le permitía crearse un lenguaje particular o formas propias de expresión, que se ajustaran a su experiencia espiritual sin tener que ceñir ésta a las ataduras establecidas. Ello le permitió, en grado elevadísimo, el sentido del ritmo y las medidas espontáneas, que ya otros se encargarían de ubicar dentro de las estructuras poéticas a que correspondiesen, según los cánones establecidos por la teoría.

Hay dos formas de escribir, en lo fundamental, siguiendo las técnicas literarias, respetando los cánones establecidos por otros y aceptados por la crítica, o bien, rompiendo con todo de forma consciente o inconsciente y entregándose a la inspiración, dejándose llevar por una experiencia íntima y permitiéndole fluir a través de nuestra mente y nuestras manos. En este segundo sentido, son más libres y auténticos, los que, como Trinidad Sánchez Moreno, han tenido un déficit de instrucción, y nos encontramos a medio camino, los que, como yo, hemos tenido acceso al conocimiento de la literatura universal a través de las aulas y de los libros, así como al estudio de la gramática de varias lenguas, pues por mucho que lo intentemos y tratemos que impere en el mayor grado posible una escritura automática, siempre estará presente, de un modo u otro, la mediación de la instrucción, tanto al escribir como en las sucesivas revisiones. Por cierto, mi mayor temor a la hora de revisar los trabajos es el quitarle frescura y espontaneidad, matarle lo creado con lo instruido.

Este poemario, que coloco en tus manos, desearía que lo recibieses del mismo modo en que llegó a mí, como un regalo de Adviento y Navidad. Fue escrito en ese período de forma espontánea. En los momentos en que me proponía comenzar una novela, de mi mente solo salían versos, lo mismo si estaba delante de la computadora, andaba por las calles de Santander o acostada en mi cama. En ellos no busqué la perfección, pues ésta no es a mí a quien está dada y pertenece.

Santander, 18 de febrero de 2004,
Día en que mi padre nació en 1901.